

solini como "el hombre enviado por la Providencia". Y cinco años después, aunque trabado en pleito con Mussolini a causa de la interpretación del Tratado de Letrán, el Papa no dejaba de manifestarle su aprecio por lo que había hecho por la Iglesia Católica.

"Tenemos y tendremos siempre presente y sentiremos perenne gratitud por lo que se ha hecho en Italia en beneficio de la religión, aunque no menor, y quizá mayor, fué el beneficio recibido por el partido (fascista) y el régimen (fascista)... Nos hemos abstenido siempre de condenarlo (al fascismo), formal y explícitamente; hemos llegado al punto de creer posible y favorecer compromisos que parecían inadmisibles a otros".

En 1929, cuando el fascismo estaba firmemente establecido ya en la cima del poder, el Papa y Mussolini firmaron el Tratado de Letrán y un concordato. Según dicho Tratado, el Vaticano convertíase en poder temporal con facultades para intercambiar representantes diplomáticos con otros estados. La ciudad del Vaticano, enclavada en el corazón de Roma, se hizo la capital de un imperio pontificio. El Papa vino a ser un tiempo Jefe de la Iglesia y del Estado. El Concordato equilibraba las relaciones entre el estado fascista y la rama italiana de la Iglesia. De acuerdo con el Tratado de Letrán, Mussolini pagó al Papa la suma de setecientos cincuenta millones de liras en efectivo y mil millones de liras en bonos del gobierno fascista. Es lo que selló la alianza entre el Vaticano y el fascismo.

Al ver en la dictadura fascista y el totalitarismo la única alternativa contra una destrucción revolucionaria del capitalismo por la clase obrera, el Papa y la Jerarquía católica les dieron a aquéllos su apoyo más decidido. Cuando Hitler subió al poder en Alemania en 1933, el Vaticano fué el primer gobierno soberano que entabló negociaciones formales con el gobierno nazi. El 20 de julio de aquel año el cardenal Pacelli (el actual Papa Pío XII), puso su firma en calidad de Nuncio papal en Alemania, junto a la de Franz von Papen en el concordato entre el Vaticano y el Tercer Reich de Hitler. Siguiendo la misma línea política el Vaticano prestó toda la ayuda que pudo a Franco en la guerra civil de 1936 a 1938, tal como un año antes había dado el Papa su bendición pontificia a Mussolini para la conquista de Etiopía. La Iglesia Católica estaba desplegando en escala mundial su fuerza "espiritual" y material.

En la forma, el Vaticano ha pretendido la neutralidad en materia internacional. Así lo proclama el artículo 24 del Tratado de Letrán. Pero de hecho, ha violado dicha neutralidad en la guerra etíope y en la guerra civil española. Con ese agudo discernimiento político que le viene de un refinado instinto de clase, el Papa se hizo cargo de inmediato de la verdadera significación que tenía la guerra civil española. Mientras las confusas cabezas liberales y los líderes de los partidos obreros que seguían la política del frente popular, hacíanla parecer como una guerra entre la democracia y el fascismo, la Santa Sede no dejaba de apreciarla como una lucha de *clase*, entre la revolución socialista y el capitalismo. España es uno de los más importantes bastiones católicos en Europa. El Papa vió pues en la guerra española el temido espectro del bolchevismo extendiendo su sombra sobre el Mediterráneo. La Iglesia y sus propiedades estaban en peligro. Para el Vaticano era de importancia vital asegurar el triunfo de Franco. Hitler

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

y Mussolini hicieron cuanto estaba en sus manos para ayudar a la Falange española. Pero era imprescindible aislar a los españoles leales, impedir al gobierno republicano cualquier auxilio exterior. El peligro máximo estaba en los Estados Unidos donde se había levantado un gran clamor popular contra Franco. Ni Hitler ni Mussolini podían presionar en Washington. El Vaticano asumió esta tarea. Valiéndose de su inmensa influencia en América, lanzó una formidable campaña en la prensa, en el púlpito y en las escuelas, a fin de inclinar a Washington hacia el embargo de armas para la República española.

Con todo, la guerra civil de España no era más que una fase de la situación mundial que se movía con rapidez en dirección de otra guerra. Hacia el otoño de 1936 una serie de acontecimientos mostraron claramente que la era de la "paz" imperialista, después de la primera gran guerra, llegaba a su fin. El asesinato del canciller austriaco Dollfuss, la invasión italiana de Etiopía, la marcha de Hitler hacia la Renania y, por último, la guerra civil española, eran todos presagios de la tempestad que se avecinaba. En un mundo de creciente agitación e incertidumbre, el Vaticano creía esencial llegar a un entendimiento con el gobierno de los Estados Unidos, potencia de primer orden y el más fuerte bastión del capitalismo. Durante mucho tiempo el Vaticano había anhelado mantener relaciones oficiales con los Estados Unidos. Era extraño que un país con una población católica tan numerosa y una iglesia católica tan rica e influyente no mantuviera relaciones diplomáticas con el gobierno central de aquella Iglesia. La Unión había ignorado al Vaticano desde 1867. El principio de separación de la Iglesia del Estado y el fuerte sentimiento antipapal de la mayoría protestante de la población, eran obstáculos para cualquier entendimiento oficial. Obstáculos grandiosos ciertamente, pero no insalvables. Pues tanto el Vaticano como el imperialismo yanqui se necesitaban. Cada cual anhelaba el apoyo y la ayuda mutua en defensa de los intereses comunes.

En el otoño de 1936, el cardenal Pacelli (el actual Papa Pío XII), entonces secretario de Estado del Papa Pío XI, llegó a los Estados Unidos. Después de recorrer el país para matar el tiempo de las elecciones presidenciales, fué recibido por Franklin D. Roosevelt, el 6 de noviembre, en Hyde Park. Un secretario de

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

Estado del Papa no visita generalmente un país extranjero si no es por razones de peso. Tampoco es de presumir tal visita sin el consentimiento o una invitación del Presidente. Lo que Roosevelt y Pacelli hablaron ha sido celosamente guardado, igual que todo el resto de la diplomacia secreta de Roosevelt. Pero a la luz de lo que ocurrió después puede deducirse que hablaron: 1º Acerca de la política de los Estados Unidos en la guerra civil española; 2º Del establecimiento de relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y el Vaticano. A poco de la visita de Pacelli a los Estados Unidos quedó establecido el embargo de armas para España. Pero transcurrieron casi tres años antes de que el Vaticano lograra el segundo punto. Roosevelt apreció la importancia de contar con la Santa Sede como aliado; pero para no despertar animosidades religiosas y echar a perder todo el plan, debía preparar el camino cuidadosamente y aguardar el momento propicio.

El 29 de julio de 1939, el cardenal Enrico Gasparri (sobrino del cardenal Pietro Gasparri, que había sido secretario de Estado del Papa Pío XI) llegó a los Estados Unidos. Completando la obra de su predecesor el cardenal Pacelli, debía según informe del *New York Times*: "...preparar el status jurídico para un posible comienzo de relaciones diplomáticas entre el Departamento de Estado y la Santa Sede... No estaba autorizado para negociar el establecimiento de las relaciones, sino trazar el esbozo de un cuadro legal para poder llegar a establecer dichas relaciones". El obstáculo para la aceptación de un Nuncio papal en Washington y de un embajador americano en el Vaticano fincaba en la necesidad de someter tal proyecto al Congreso, único po-